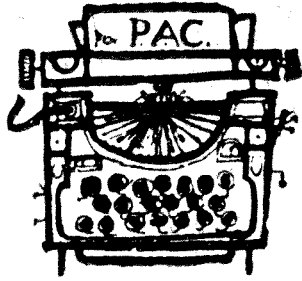


escrito a máquina

*Ahora,
O Ayer*



Vas al interior y contemplas lagos y serranías. Vas viajero. Te detienes en el pueblito infeliz. Como capitalino, como hombre de ciudad observas lo que tú llamas atraso. ¿Qué bueno puede salir de este pueblo? Las mujeres cargando agua en sus cántaros. La herrería. Las gallinas escarbando al borde de la calle. El carpintero haciendo yugos o componiendo un arado bajo el bajareque de la casucha. Compras alguna cosa para comer. Te interesa conocer esa vida distante, distinta. Ves a la mujer sentada, zurciendo. Cerca de ella, bajo del árbol, el hijo —se parece a ella— como de doce años, está cortando unas rajitas de leña con el machete y las va colocando, apiladas, con minuciosidad. Te fijas que lo que hace esa gente lo hace con un ritmo tranquilo, profundo, como si todo tiene un valor propio.

Saludas a la mujer con respeto. Te impone respeto su equilibrada sencillez. Te extraña la naturalidad, el sentido humano con que esta gente pobre se abre al forastero. Le hablas y ya no te sientes superior. Ves que ellos son dueños de algo que tú has perdido. Ella está zurciendo. No ha cesado de mirar su trabajo pero tú sabes que ya te vio, que no necesitas recurrir a muchas fórmulas para establecer un diálogo; que ya estás conversando y parece que se presupone que entre una persona y otra debe haber un afecto. O por lo menos lo sientes así.

—¿Por qué no toma asiento?

El niño te vuelve a ver. Te saluda con una sonrisa. Oyes en el bajareque el golpe de la zuela del carpintero contra la madera. Como hombre de la ciudad te preocupa sobre todo la economía. Preguntas sobre “la situación”. Sobre el trabajo. Ella te dice que sí, que a veces pasan apuros. Te sorprende, más que su confianza en algún valor que tú desconoces, esa superioridad sobre el acontecimiento. Dices “superioridad” y te quedas pensando si no será también “libertad”. Como si “esa gente” te enseñara, sin proponérselo, una actitud distinta ante la vida.

Te fijas que allí, al lado de ella, sobre un taburetito tiene un grueso y viejo libro. Te refieres al libro. Es la Biblia. Ella se extraña un poco de tu extrañeza, pero te lo dice con suavidad, sin acentuar nada, como si ese libro debiera darse por sabido, como si hablara de las estrellas de la noche, o del tiempo, de lo que está integrado al hombre y le sirve para moverse. No sabes bien qué frase te ha dicho pero te sorprende su relación con el libro. No, no te habló de él como tú hablas de lo leído, sino como tú hablas de tu vida, como vida; incluso no parece que se refiera a algo pasado, referido, sino a un siempre. Es raro: Tú también te das cuenta —no sabes a qué hora— que tu vida es ese libro; que tú eres Adán que has perdido de alguna manera tu Paraíso. Que todo hombre es el primer hombre y el último: Génesis y Apocalipsis, creación y juicio. Que eres Caín o Abel, o ambos a la vez, porque has odiado o has sufrido el odio y que el odio es homicida. Que eres Abraham, llamado a la fe, probado. Y Jacob que lucha contra el ángel y José vendido por tus hermanos. Y Job renegando al sufrir, o paciente. Te reconoces o no te reconoces pero ves en el libro que eres hombre y que el libro es la vida del Hombre.

Llega un momento, sin embargo, en que te molesta ser tan dócil a la voz de una mujer. De una mujer pobre. Del pueblo. Te parece que es concederle mucho a una mentalidad primitiva. Concedes que es inteligente. Sobre todo, aceptas que es auténtica, que habla sin engaño, sin pretensión alguna. Te subyuga su sencillez. Pero tú piensas ¿no es desarmarse, no es entregarse maniatado a la vida, tan dura, tan brutal, tan inclemente, este modo de pensar y vivir casi inocente? Crees que esa fe, esa bondad es un bello, nostálgico residuo del pasado. Algo que ya no podrá seguir creciendo bajo las orugas del tractor desacralizado de la vida moderna y su técnica. Eso te parece. El niño ha terminado su trabajo con la leña. Está sentado bajo del árbol. Tú sabes que está interesado escuchándolos aunque mira distraídamente hacia lo lejano.

Tú quieres defenderte. Le hablas a la mujer de la fe. Claro, dices; usted . . .

Y supones que ella es una “creyente”. Es decir, das por sentado que ella no ha sido probada; que tú, sí. Tú vives en el país de la duda y ellos en el país de la fe. Hablas de “la fe del carbonero”; como si hablaras a unos ciegos, tú que tienes los ojos abiertos. Pero notas que ella sonrío. Te ha mirado frente a frente y ves en sus ojos que te ha calado. ¿Qué tienen sus ojos de feurza que se abren camino? No altaneros, no: dulces, benevolentes, pero que atraviesan? Y la oyes:

La oyes hablar de la fe como amor. Creer es una prueba de amor. Una confianza depo-

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

sitada en Quien te ha de hacer comprender, pero no de golpe, sino poco a poco; somos de tiempo. Cuando la Anunciación, el ángel dice que nacerá en el seno de la mujer "lo Santo". Piensa entonces la mujer en el Poder de Dios, en la Omnipotencia. "Lo Santo" será entonces lo Poderoso y eso espera. Pero nace lo Débil. No la riqueza tampoco, sino lo Pobre. Se llega la hora y no hay ni posada para la madre. Tiene que parir en un establo. Debe creer. Aceptar lo desconcertante en carne propia. Creer que esa criatura que gime, que es suya, que hambrea y pide leche es el hijo del Altísimo. Necesita fe dar el pecho, arrullar, limpiar, mantener en los brazos como impotencia —horas, días,— al anunciado como Potencia. Entre más cerca de lo Sublime más difícil se hace su contradicción. Se le dijo que era la "revelación", la "manifestación" de Dios sobre la Tierra, y pareció que sí la primera noche —cuando los ángeles dieron aviso a los campesinos— pero después, nada de eso. La vida oculta, como cualquier otra, años y años. Uno piensa lo suyo, piensa en humano y Dios suavemente rectifica. Porque la idea que el hombre se hace de lo Divino debe ser constantemente corregida. No de una vez. Poco a poco. Somos de tiempo. Y esa es la fe. Dejarse guiar por lo incomprendible para ir estableciendo el misterioso camino de lo verdadero. No cerrar los ojos, sino abrirlos. Amar es velar, esperar, depositarte en unas manos que te guían. Y esperan la contradicción. Si todo fuera conforme al hombre no habría Dios. "Si comprendes, no es Dios". Dios desconcierta. Donde menos se espera. Fíjese usted —dijo— bajamos con él hace poco a la capital y allí se nos extravió. Imagínese qué angustia! La responsabilidad nuestra. Tres días lo buscamos por todas partes, preguntando, indagando. No probamos bocado en nuestra aflicción. No dormimos. Hasta que alguien nos dijo que estaba en el templo. Allí lo encontramos —en la Iglesia— hablando con los sacerdotes que estaban asombrados. Al encontrarle yo le regañé:

—Hijo ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo te buscamos angustiados.

¿Y sabe lo que él contestó?

—¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía ocuparme de las cosas de mi Padre?

Ella mira hacia el niño. Tú también miras al Niño. Está allí. En silencio. Bajo del árbol. No comprendes exactamente. No sabes cómo llamar a tu desconcertante contradicción. Porque tú miras allí algo que está cercano, inmediato (un niño, sólo un niño) pero al mismo tiempo tú sabes, tú sientes algo inaccesible, infinitamente inaccesible: una soberanía que tú no alcanzas, que tú sabes que no puedes alcanzar.

PABLO ANTONIO CUADRA

8 de diciembre.